

ÁNGELA
PRADELLI

LA
RESPIRACIÓN
VIOLENTA
DEL
MUNDO



booket

Ángela Pradelli

La respiración violenta del mundo



Burzaco

La calle Fader queda a dos cuadras de la estación. La casa en la que viven Adriana y su hija Emilia está al 974, casi esquina Rojas. Se mudaron acá las dos solas a principios de julio. Ernesto no vive con ellas, pero las llama todas las semanas por teléfono y cada vez que puede viene a verlas.

Es invierno, última semana de julio y hoy, al menos en Burzaco, parece ser la noche más fría en lo que va del año. Ya son más de las diez. En este tramo de la calle, a mitad de cuadra, hay un único foco de escaso alcance que no llega a iluminarla bien. La luz amarillenta forma una columna angosta que cae débil sobre la mitad de la cuadra y deja una aureola endeble sobre una porción chica del asfalto. Sobre Fader, en la esquina, antes de cruzar Rojas, hay un Renault 12 negro estacionado con dos tipos adentro que, desde afuera, se ven como dos sombras abultadas y quietas. Las ventanas de la casa en la que viven Adriana y Emilia, y que los hombres observan desde el auto, están cerradas. La casa está oscura también, aún más que la cuadra.

Adriana y Ernesto se conocieron en 1970 y desde entonces militan juntos en la villa de Solano. En ese momento, él tenía 23 y hacía tres años que había entrado a Montoneros. Adriana tenía 17 y le faltaban unos meses para terminar la secundaria; los últimos dos años en la escuela fue delegada del centro de estudiantes. A la reunión de Montoneros donde conoció a Ernesto la llevó Carmen, su mejor amiga. Para Adriana era la primera actividad política fuera de la escuela. Esa semana, Adriana y Ernesto se encontraron todos los días. Fueron al cine; caminaron por Buenos Aires; pasaban horas sentados en los bancos de las estaciones de tren. También leían bajo los árboles de los baldíos cercanos y cerraban los libros y los ojos cuando escuchaban el sonido de los trenes. Ernesto dice siempre que hay que entregarse a esa música porque es la mejor poesía. Esa misma semana, Ernesto la llevó a la villa de Solano y a comer a la casa de su madre, que por esa época todavía vivía en La Plata; Lina y Adriana se entendieron rápido. Apenas unos días después, Ernesto le propuso que se fueran a vivir juntos. Ella se escapó de la casa para irse con él y quedó embarazada enseguida. Emilia nació en septiembre. La anotaron como Emilia Tappatá, nacida el 21 de septiembre de 1971, a las 13.25 en la ciudad de La Plata, hija de Ernesto Tappatá y Adriana Rodríguez.

Aunque haga tanto frío y no haya estufas, a Emilia le molesta ponerse doble abrigo cuando está en la casa

de la calle Fader. Ya tiene 4 años, cumple 5 en dos meses, pero todavía no empezó el colegio. El pelo finito y largo le cae leve sobre la espalda. Es alegre y le gusta cantar; pasa horas jugando sola en el pequeño patio de atrás o dibujando con su mamá en la cocina. Tiene puesto un pantalón de corderoy, un saco de lana rosa, la blusa blanca con un volado en el cuello que le hizo su mamá y los zapatos de gamuza verde que le regaló su abuela Lina. Adriana es una muchacha menuda que aparenta menos de los 23 que cumplió en febrero. Tiene ojos grandes, enmarcados por cejas arqueadas y espesas. Ernesto es alto, muy alto; también es alegre como Emilia y le gusta la música. Cuando vivían juntos, cada noche, Ernesto le cantaba a Emilia para que se durmiera. Primero Adriana le contaba un cuento y después Ernesto le cantaba. Siempre eran canciones distintas, a veces las inventaba en el momento.

Antes de mudarse a Burzaco, Adriana, Ernesto y Emilia vivían en Quilmes, en una casa que alquilaban con otros tres compañeros de la organización. El 25 de marzo, un día después del golpe militar, uno de ellos no volvió. Una semana después, Ernesto le avisó a Adriana que él ya no podía quedarse en esa casa, tenía que irse y esconderse por un tiempo, porque a él también lo estaban buscando. Desde entonces, Adriana nunca sabe dónde está Ernesto ni cuándo va a volver; tampoco puede comunicarse con él de ninguna forma; tiene que esperar sus llamados o que le mande algún mensaje a través de un compañero. Adriana ni siquiera sabe en qué zona está Ernesto, dónde buscarlo si Emilia o ella necesitan algo. Él no le dice nada para no ponerlas en riesgo ni a ellas ni a los compañeros de la casa, pero la llama todas las semanas. A veces, cuando

Ernesto no puede llegar hasta un teléfono público, la hace llamar a una compañera.

A principios de junio ya han desaparecido muchos militantes de distintas organizaciones y partidos de izquierda. Por eso, después de discutirlo todo un domingo, Adriana y los tres compañeros deciden levantar la casa. El lunes, muy temprano, antes del amanecer, salen separados hacia destinos diferentes. El primero sale a las seis de la mañana. Una hora después, apenas unos minutos para dar las siete, parten Adriana y Emilia. Adriana lleva a Emilia de una mano y en la otra carga un bolso de cuerina negro en el que ha puesto algunos libros, la ropa, dos bolsas de arroz, los lápices de colores y el muñeco de Emilia. Todavía está oscuro cuando llegan a la estación de Temperley. Adriana saca dos boletos a Burzaco. Una compañera del secundario, que no sabe que Adriana milita en Montoneros, le ha dado el teléfono y la dirección de su tía Beba. La tía tiene una casa en alquiler en la misma cuadra donde vive, pero sólo toma inquilinos que vengan con una recomendación de algún conocido cercano. Faltan doce minutos para que llegue el tren a Burzaco. En el quiosco del andén, Adriana lee en la tapa del diario que Videla inició ese día una gira por el sur del país. Emilia tiene sueño, apoya el cuerpo contra el de su mamá, y cierra los ojos; Adriana le acaricia la cabeza y sigue leyendo los titulares.

Unos treinta soldados cruzan el puente peatonal y ya en el andén hacen bajar del tren a todos los pasajeros que van hacia Constitución y les piden documentos.

Adriana siente el peso del cuerpo dormido de Emilia apoyado contra el suyo. Los soldados revisan los bolsos y las carteras de cada pasajero y los palpan de armas.

El tren a Burzaco llega retrasado. Hay bastante gente, pero aun así Adriana consigue un asiento en el último vagón; Emilia se desvela no bien suben, y viaja sentada sobre sus rodillas. El movimiento del tren en las curvas desacomoda el cuerpo de Emilia, que se mueve de un lado para otro por la inercia.

Desde marzo, el mismo día en que Ernesto dejó la casa de Quilmes, Adriana cree que lo mejor es dejar la militancia, alejarse por un tiempo de la organización. No lo comenta con nadie, pero desde entonces lo piensa y ese día, sentada en el tren hacia Burzaco, con todo el peso de Emilia sobre sus piernas delgadas, a Adriana se le ocurre otra opción: por qué no aceptar la propuesta de Lina, la madre de Ernesto, de mandar a Emilia a vivir con ella a Suiza. Últimamente Lina insiste en que lo mejor es alejar a la nena del peligro, por unos meses.

Aquella mañana, cuando están llegando a Burzaco, Adriana considera otra posibilidad más: ¿y si en vez de mandar a Emilia sola, viaja ella también a Zúrich? Lina siempre les dice que tiene un cuarto de más y que podrían quedarse con ella hasta que las cosas en la Argentina empiecen a mejorar.

De los dos compañeros que quedaron en la casa de Quilmes, uno se fue al mediodía, logró llegar a Río

Negro y está escondido en casa de una amiga. El otro aguantó hasta la noche y cuando cruzó la estación lo interceptó un auto y se lo llevaron. De él y del que se fue temprano por la mañana, el primero de todos en salir de la casa de Quilmes, nadie tiene noticias todavía.

No bien bajan del tren, Adriana busca un bar para que Emilia desayune. En la estación de Burzaco sólo hay uno que está en un local un poco angosto pero bastante largo, llamado El Paralelo; a Adriana le cuesta encontrarlo porque hay que salir de las plataformas, pasar la pequeña plazoleta y cruzar la calle que corre paralela a las vías. El bolso de cuerina ya empieza a pesarle. Cuando por fin lo encuentran, se sientan en una mesa del fondo. Adriana pide un café con leche y una medialuna, pero el mozo le agrega otra al pedido y Emilia se come las dos con ganas.

La casa de Fader 974 está sobre la mano de enfrente a la de Beba, sesenta metros más hacia el norte. Sólo un puñado de compañeros sabe que ahora Adriana y Emilia están viviendo allí, entre ellos la Colo. No bien llega, Adriana la llama y le da la dirección y el teléfono nuevos; ese mismo día la Colo le avisa a Ernesto. Hay otros tres compañeros que saben que ella y Emilia están solas ahí y cada tanto llaman para saber si necesitan algo.

A veces Adriana deja a Emilia en casa de Beba y se encuentra con la Colo en El Paralelo. A Emilia le gusta

pasar el día con Beba, ayudarla a preparar las milanesas para el almuerzo y jugar al Tatetí después de comer. Beba siempre se deja ganar, y se ríe cuando Emilia alza los brazos y grita: «¡Tatetí, suerte para mí!». Algunas tardes Beba la lleva a la plaza. Van caminando de la mano, cruzan el túnel oscuro, desembocan del otro lado de la estación y enseguida llegan a la plaza. Beba no le suelta la mano durante todo el trayecto porque tiene miedo de que Emilia se pierda y no sepa cómo volver. Por eso, durante todo el camino de ida y de vuelta, Beba le pregunta varias veces la dirección para que se le grabe en la memoria:

—¿Dónde vivís?

—Fader 974 —contesta Emilia.

En El Paralelo, Adriana y la Colo siempre eligen la mesa del fondo contra la pared, toman un café y después se van juntas a trabajar en la villa. Al mozo del bar todos le dicen el Mudo porque habla lo indispensable, apenas un puñado de palabras por día. No le molesta el apodo; piensa que lo importante es escuchar, que hablar, habla cualquiera. Es verdad que es un poco seco, algo retraído, pero es una buena persona y a ellas, a la hora de pagar la cuenta, siempre les cobra un solo café.

Desde que Adriana y Emilia se mudaron a Burzaco, Ernesto sólo pudo ir dos veces a verlas. Al principio, Emilia preguntaba todos los días por él, hasta que Adriana le dijo que no tenía que hacer eso, que no tenía que preguntar más si su papá iba a volver, que no lo nombrara porque podía haber gente escuchando. La primera vez que Ernesto fue a verlas, fue una visita cor-

ta y tensa. Antes de irse, Emilia le pidió que le cantara una canción; Ernesto se arrodilló y le cantó al oído. La segunda vez fue hace dos semanas. Adriana sabía que Ernesto las visitaría y se lo contó a Emilia para que se pusiera contenta. Emilia hizo dibujos pintados de muchos colores para regalarle a su papá. Ernesto se quedaría a cenar. Adriana y Emilia pusieron la mesa. Cada tanto miraban por las rendijas de las persianas de la ventana del frente; Ernesto entró por la puerta de atrás y Adriana se asustó tanto que tal vez por eso, cuando lo vio, se puso a llorar. Fue la única vez que Emilia vio a su mamá llorando. Esa noche comieron arroz blanco y una gelatina de frutillas. Ernesto hizo chistes sobre su llegada a la casa y les prometió que nunca más entraría por la puerta de atrás sin avisar. Cuando terminaron de comer la gelatina, Ernesto le dio un regalo a Emilia, un muñeco de piernas y brazos largos.

—¿Qué nombre le vas a poner? —le preguntó Adriana.

—Emy —dijo la niña.

Ernesto dijo que tenían otro regalo más para ella. Los tres se pusieron las camperas y Ernesto buscó el acolchado de la cama de Emilia, que había tejido Beba al crochet con lanas de diferentes colores. A Emilia le gusta mirar la luna porque siempre ve gente en su interior. Algunas noches, ve caras que se ríen o lloran. Otras, personas que corren y dan vueltas alrededor. Un día, cuando todavía estaban en Quilmes, Emilia le preguntó a Ernesto por la gente que vivía en la luna; él se rio, le dijo que toda esa gente estaba en su imaginación y que no tenía que tener miedo.

Los tres salieron al patio. Era un patio chico de baldosas grises y paredes altas con manchas de humedad.

La noche estaba clara. A pesar del frío, se sentaron sobre las baldosas y se apoyaron contra la pared. Emilia se sentó en el medio y Ernesto los cubrió a los tres con la frazada. Después le susurró algo a Adriana al oído mientras le acariciaba la cabeza y le preguntó a Emilia si tenía frío. Ella alzó la mirada y vio un rectángulo de cielo brillando sobre sus cabezas. Esta vez fue Adriana la que le dijo a Emilia que tenían otro regalo para ella. Era la primera vez que recibía dos regalos juntos. Sentados en el patio de baldosas heladas, arropados por la frazada, Adriana le contó que iba a tener un hermano.

—¿Cuándo? —gritó Emilia.

—Shsh, por favor —le rogó Adriana—, hablá bajito.

Emilia repitió la pregunta en un susurro lento.

—Falta todavía —le contestó Adriana.

—¿Pero cuándo? —insistió Emilia.

—En diciembre —dijo Ernesto—, antes de que llegue el verano. Cuando nazca tu hermano, nos vamos a ir a vivir juntos los cuatro.

—¿Para siempre? —preguntó Emilia.

Ernesto la abrazó, después apoyó la cabeza contra la pared y se dejó besar por Emilia.

—Besos sin ruido, eh —le pidió él.

Emilia sintió la cara fría de Ernesto. Adriana se recostó contra su pecho y cerró los ojos.

Emilia volvió a mirar el cielo y le preguntó a sus padres lo de siempre: adónde iba toda esa gente que daba vueltas sin parar y por qué estaban todos tan apurados. Esa noche, le pareció que había también varios niños en el borde más oscuro de la luna. Estaban solos y no se movían. Muchos niños quietos. Emilia no distinguía sus rostros, pero supo que eran niños porque

sus cuerpos eran pequeños como el suyo; por un momento tuvo miedo de que los niños resbalaran o que alguien los empujara, y de sólo pensarlo fue como si se le escurrieran las piernas: aunque estaba sentada sobre baldosas firmes, por un instante tuvo esa sensación de salto al vacío y sintió un sacudón, como si fuera ella misma la que se estuviera cayendo.

El cielo seguía iluminándolos a los tres en el pequeño patio de baldosas y paredes manchadas de humedad; las estrellas parecían brillar cada vez más y hasta se veían más bajas. La luna había empezado a desplazarse. Emilia se acomodó bajo la frazada y cuando volvió a alzar la vista, le pareció que la luna se movía más rápido. Como los niños que ella veía en el borde más oscuro, también la luna estaba ahora en el límite del patio y, si seguía moviéndose, era probable que desapareciera de un momento a otro y no volviera más a ese rectángulo sobre las cabezas de los tres. Si la luna seguía corriéndose, orillando el borde de la pared del pequeño patio, finalmente se iría del cuadro, de ese único recorte de cielo que miraban juntos. Estiró los brazos con las palmas abiertas hacia el cielo.

—¿Qué hacés, Emilita? —le preguntó Ernesto.

Ella levantó los brazos aún más.

—La quiero agarrar.

Enseguida, Adriana y Ernesto se durmieron y la respiración de los dos se volvió más pesada en el silencio nocturno. Emilia vio por última vez a los niños en la orilla oscura de la luna y volvió a preguntarse qué pasaría si se cayeran del borde, ¿habría alguien para sostenerlos?, ¿a dónde irían a parar todos? Iba a preguntárselo a sus padres, pero seguían dormidos. Tuvo miedo de ser la única despierta en ese patio, les dio

suaves palmadas en la cara, les estrujó los brazos y les pellizcó la nariz, pero no pudo despertarlos.

No hay estufas de gas en la casa de Fader. Tres grados bajo cero esta noche en Burzaco. Hace días que se repiten estas temperaturas bajas y las calles amanecen con una capa gruesa de escarcha. Sólo hay un calentador a mecha, al que hoy Adriana le cargó lo último que quedaba de querosén. Emilia y ella están sentadas a la mesa, cenan un pastel de papa que Adriana preparó con una receta que le dio Lina la primera noche que Ernesto la llevó a comer a casa de su madre para que se conocieran. Emilia come con ganas, va por la segunda porción. En cambio Adriana da vueltas el tenedor en el puré para un lado y para el otro. No puede dejar de pensar en Carmen, su amiga más querida, que la inició en la militancia y gracias a quien conoció a Ernesto. Carmen vive en Claypole. A veces Adriana y Emilia van a su casa y se quedan a dormir. Carmen siempre le dice a Adriana que tiene que cuidarse mucho y estar cada vez más atenta. Así le dice: «Cuando no te llamo, es que me guardo por un tiempo, no tenés que asustarte». Las dos cenan un poco ateridas por el frío. Adriana deja enfriar la comida en el plato y mientras tanto va de un pensamiento a otro. Piensa en Ernesto y en Carmen, que hace días que no llaman; le preocupa también el calentador, porque sólo tiene la mitad del tanque y cuando se termine, no podrá recargarlo porque ya no queda más querosén en el botellón. Sin calentador, el frío en la casa se haría insoportable. La última vez que Adriana y Carmen se vieron fue un

encuentro raro. Carmen le había propuesto que se encontraran en la iglesia que está frente a la plaza principal de Burzaco. Adriana dejó a la nena en casa de Beba y fue sola. Llegó antes y se sentó en uno de los bancos del medio. Había dos mujeres rezando en los primeros lugares y un hombre arrodillado frente al altar. Carmen llegó enseguida, se sentó en el banco de atrás, justo a la altura de Adriana, y desde allí le habló en un murmullo que imitaba un rezo. Así se veían: dos mujeres que rezaban y no se conocían. Carmen le dijo a Adriana que, si le pasaba algo, le avisaran a su padre. Un cura que las observaba desde el confesionario caminó hacia ellas. Carmen clavó la mirada en la cruz del altar y siguió fingiendo que rezaba. Adriana también. Carmen había empezado a darle el número de teléfono de su padre cuando el cura se sentó a su lado y tuvo que interrumpirse. Adriana siguió moviendo los labios como si rezara. Se quedó así casi media hora hasta que decidió irse. Cuando se dio vuelta, Carmen ya no estaba y el cura tampoco.

El Renault 12 sigue estacionado sobre Fader. Los dos hombres que están adentro observan la casa del 974. De vez en cuando, pasan las manos por los vidrios empañados.

Adriana guarda en la heladera la porción de pastel que sobró. Emilia está en su cuarto, poniéndose el pijama. En la mesa hay dos platos con restos de comida, cu-

biertos y vasos, una jarra con un poco de agua. Cuando Adriana y Emilia terminaron de cenar, corrieron apenas las sillas hacia la otra punta de la mesa y se pusieron a dibujar. Por eso, además de los platos, hay también un cuaderno con dibujos, dos o tres lápices negros y muchos de colores, un sacapuntas, viruta de madera de los lápices, pequeños fragmentos de minas rotas, varias hojas blancas con dibujos pintados y muchas hojas sin usar todavía.

Desde su cuarto, sentada en la cama, Emilia, con la espalda apoyada contra el respaldo de la cama, le grita a Adriana:

—Mami, quiero a Emy.

Adriana se asoma por la puerta del cuarto. Está tensa, la pone nerviosa que Emilia no hable bajo como ella le enseñó. Lleva a Emy agarrado de los brazos, arrastrando sus piernas por el piso de mosaicos.

—¡No grites! —la reta desde la puerta.

En el cuarto, en el camino hacia la cama, Adriana pateaba sin querer los zapatos que le regaló la abuela Lina a Emilia. Desde que se mudó a Suiza el año pasado, esta es la primera vez que Lina está en la Argentina, vino a ver a su familia. No bien llegó, Emilia se quedó a dormir en su casa de La Plata, y al día siguiente fueron juntas a la zapatería Bescos y compraron estos zapatos de gamuza verde que tienen una pulserita que le toma el tobillo y se abrocha sobre el empeine a un botón forrado. Lina llevó a Emilia al negocio porque quería que ella misma se eligiera los zapatos. El vendedor le dijo que no eran para usar todos los días, que eran de fiesta, pero Lina se los compró igual porque a Emilia le gustaron mucho. No los dejó de usar ni un día desde entonces. Adriana se agacha, los recoge, los acomoda

con prolijidad bajo la mesa de luz. Como siempre, habla en voz baja.

—Acá tiene a su Emy, señorita.

Cuando se lo da, ve en la espalda del muñeco su nombre bordado con hilos violetas.

—¿Y esto? ¿Quién lo bordó?

—La abuela Lina —dice Emilia—, cuando me quedé a dormir en su casa.

—Shh, ¿qué te dije? —la reta—, hablá bajito. ¿Y vos sabés qué dice acá?

La niña se encoge de hombros.

—Emy —dice casi en un susurro.

—Y si vos no sabés leer...

—La abuela Lina me dijo que acá —contesta Emilia pasando el dedo índice por cada letra violeta como si escribiera— dice Emy.

Adriana le saca los moños cuadrillé verde y blanco de las colitas y el pelo de Emilia cae liviano sobre los hombros pequeños. Con el cepillo redondo de cerdas blandas que siempre está sobre la mesa de luz, la peina con mucha suavidad.

—Qué buena la abuela Lina, ¿no?

La niña dice que sí con la cabeza. El cepillado que Adriana le hace es más un masaje que un peinado, por eso Emilia cierra los ojos, por el placer que le dan siempre esas cosquillas suaves en la cabeza.

—Mami... —dice con volumen bajo.

—¿Qué pasa, hija?

—Estaba rica la comida.

Emilia mantiene los ojos cerrados, está entregada al masaje del cepillo que le pasa su mamá por la cabeza.

—Qué pelo de reina...

—Papi dice que no le gustan las reinas.

—Eso es distinto.

—¿A vos te gustan las reinas?

—Otro día te lo explico bien.

—Me gusta que me peines, mami.

Adriana la besa en la frente.

—Ya sé, hermosa... Bueno, pero listo por hoy.
Ahora a dormir.

La niña se acuesta; Adriana la abriga con el acolchado y le pasa una mano por la cabeza y, como si le estuviera haciendo un peinado, entrelaza el cabello de Emy entre sus dedos.

—¿Mañana seguimos dibujando, mami?

Muchos militantes que desaparecieron en los últimos meses fueron denunciados por personas cercanas. La Colo asegura que al compañero que salió primero de la casa de Quilmes lo denunció su propio jefe en la fábrica donde trabajaba. La semana pasada, en la escuela que está del otro lado de la estación, el ejército secuestró a una profesora de música cuando estaba llegando a dar clases; enseguida se supo que la había denunciado otra docente de la misma escuela. También hay varios militantes que caen en citas envenenadas, por eso Ernesto sólo le contó a un compañero que hoy irá a ver a Adriana y a Emilia. Ni siquiera ellas saben que él va a quedarse a pasar la noche en la casa de Burzaco y por eso no están esperándolo. Ernesto está en la estación de Temperley. El tren salió de Constitución tan lleno que la gente viaja colgada de las escaleras, ocho o diez personas aferradas a los pasamanos formando racimos apretados. Son pocos los que bajan en Temperley, Er-

nesto no consigue subir a ningún vagón, pero con el tren en movimiento alcanza a treparse en el último, y viaja colgado del escalón más bajo. Lo más peligroso son las curvas en las que Ernesto se inclina hacia abajo. Siente todo el peso de los que viajan en los dos escalones superiores, pero se aferra al pasamanos con fuerza hasta que el tren se endereza otra vez y el cuerpo recupera el equilibrio. Apenas baja del tren en Burzaco, ve llegar un patrullero que estaciona cerca de la plazoleta y enseguida bajan cuatro policías con las armas en alto. Ernesto se aprieta entre la multitud de pasajeros, curva la espalda para disimular su altura y cuando cruza la calle intenta meterse en El Paralelo; el bar ya está cerrado y el Mudo está repasando las mesas con una rejilla húmeda. Aunque la puerta de entrada está cerrada con llave, el Mudo le abre y Ernesto atraviesa el local corriendo y se pierde por el pasillo que conduce al depósito. Al rato el Mudo se asoma al depósito, que está todo oscuro, y dice como para que Ernesto lo oiga.

—Atrás de las cajas.

Lo que quiere decirle es que detrás de las cajas de mercadería hay una escalera que lleva a un entrepiso. El dueño del bar sale del baño y pregunta si está todo tranquilo. El Mudo le dice que sí con la cabeza. El dueño insiste, dice que le pareció oír un ruido; el Mudo sigue pasando el trapo rejilla sobre las mesas y no contesta porque, como dicen los clientes, el Mudo a veces se hace el sordo. El que les abre a los dos policías que golpean la puerta es el dueño.

Los policías entran con las armas desenfundadas, uno revisa el baño, el otro camina por el pasillo hacia el depósito; el dueño va atrás, encendiendo todas las luces. Después de unos minutos vuelven al salón.

—¿Hay alguien más? —pregunta uno de ellos.

—No —dice el dueño—, recién cerramos, estamos nosotros dos solos.

—¿No vieron nada raro? —pregunta el otro.

—Yo estaba acá limpiando las mesas —dice el Mudo— y vi a uno que manoteaba la puerta como para entrar, pero no le abrí y el tipo se fue.

—¿Cómo era, un tipo joven?

—Parecía un cliente como cualquiera.

—¿Para dónde se fue? —pregunta uno de los policías.

—Para allá —dice el Mudo y señala hacia el norte.

Los policías salen del bar y el dueño vuelve a echar llave a la puerta y pone la traba también. Después lo encara al Mudo.

—¿Y vos desde cuándo hablás tanto?

Los dos hombres que están en el Renault 12 se bajan y cierran las puertas del auto sin hacer ruido. Se abrigan, se ponen bufandas y guantes. Estiran las piernas. Prenden un cigarrillo, caminan hasta la esquina, vuelven, tiran las colillas y se suben otra vez al auto.

—¿Mañana seguimos dibujando, mami?

Adriana acomoda el cepillo y los moños cuadrillé verde y blanco en un estante donde hay también varias vinchas de colores, más moños y algunas hebillas.

—Sí, mañana seguimos, pero ahora es muy tarde y tenés que dormirte.

Adriana saca del cajón de la mesa de luz un par de medias para abrigarle los pies fríos, mete las manos por debajo del acolchado tejido al crochet que les prestó Beba y busca los pies de Emilia que, como no quiere ponerse las medias, los esconde.

—Dale, mi vida —dice Adriana tratando de convencerla—, te las pongo, que hace mucho frío.

Por debajo del abrigo, las manos de Adriana atrapan los pies de Emilia y ella se ríe divertida, pero ahogando la risa como le enseñó su mamá para no soltar la carcajada ruidosa. Adriana empuja los pies hacia su cuerpo, pero Emilia hace un movimiento brusco para zafarse. Repiten el juego dos o tres veces hasta que finalmente Adriana se rinde. Juntan las cabezas mientras se ríen por lo bajo y la risa se ahoga en el hueco que forman sus cuerpos al encontrarse. Adriana se resigna a que Emilia duerma sin medias. Dobla el acolchado de crochet por debajo del colchón y lo sujeta para que la niña no se destape ni sienta frío.

—¿Me cantás, mami? —le pide Emilia.

Adriana le dice que no, que es muy tarde, pero Emilia hace un gesto de llanto.

—Cantame *El gato que pesca*.

—Bueno, está bien, pero mirá que yo no canto tan bien como tu papá, eh.

Emilia aplaude de felicidad, son golpecitos cortos, pero Adriana la reta para que no haga ruido y le hace el gesto de silencio con el dedo índice sobre los labios. Entonces la niña aplaude otra vez pero sin sonido. El canto de Adriana es apenas un susurro: «Peligroso es / andar por la ca / la calle del ga / del gato que pes / que pesca y después / se esconde y escapa papapa. / Lo ves o no lo ves al gato que pes / allí, allí

sentado en su ventani. / A la gente que / pasa distraí / el gato bandi / con caña y anzue / les pesca el sombre / sombrero y el moño ñoñoño».

A Emilia se le cierran los ojos. Adriana acomoda el acolchado, dobla el saco de lana rosa y la blusa blanca que tiene un volado en el cuello y el pantalón de corderoy.

Antes de salir del cuarto, besa otra vez a Emilia y apaga la luz.

Vuelve a la cocina y enciende un cigarrillo. Quedan pocos en el atado, pero compró varios paquetes por la mañana y están apilados sobre la heladera. Son casi las once y media de la noche. Adriana espera el llamado de la Colo, quedó en que la llamaría por la tarde pero todavía no sabe nada. Esta vez sería mejor que no fueran a El Paralelo, que buscaran un bar alejado de la estación, piensa Adriana mientras da vueltas por la casa. Fuma nerviosa; tose entre las manos para disimular el ruido.

Hace cuatro días que Ernesto no se comunica. Hace diez que no sabe nada de Carmen. Ayer por la tarde llamó un compañero de Ernesto para preguntar cómo estaban ella y Emilia. Les preguntó si necesitaban algo y le dijo que se quedara tranquila, que Ernesto estaba bien. A ella le hubiera gustado escucharlo, hablar con él al menos por teléfono.

Adriana apaga el cigarrillo, se acerca a la ventana que da a la calle y mira por las rendijas de la persiana. Afuera todo es silencio y casi oscuridad. Va a la cocina y termina de juntar los platos. Abre la canilla,

llena la pileta de agua, le echa detergente y sumerge los platos sucios y algunos cacharros que usó para cocinar. Mientras espera unos segundos hasta que el detergente y el agua caliente aflojen la suciedad, apoya los brazos sobre la mesada y descarga el peso del cuerpo cansado. Deja por unos segundos la mirada quieta en el agua espumosa bajo la que quedaron sumergidos los cacharros y los platos. Después se saca un anillo finito de oro con una pequeña piedra verde y lo deja dentro de un pocillo de café sobre la mesada, para que el detergente no se lo arruine. Uno a uno, extrae de la pileta los platos sumergidos en el agua jabonosa, que ya está sucia. Les pasa una esponja y los ubica sin enjuagar sobre la mesada. El agua que gotea de los platos se desliza y unos hilos chorrean hacia el piso. Un ruido en sordina que viene de afuera la sobresalta. Apoya el plato que está lavando sobre la mesada, pero el plato se desliza de nuevo hacia la pileta y queda sumergido en el agua cada vez más sucia. Con las manos mojadas va hasta la puerta de calle para comprobar que está bien cerrada. En el camino se seca las manos en la pollera, a la altura de las piernas. Tres llaves cuelgan de la cerradura en un aro de metal. Con un movimiento nervioso, Adriana abre la puerta y vuelve a cerrarla. En el silencio de la casa se oye el ruido de la llave ir y venir rápido, hacer tope. Mueve el picaporte y lo empuja con delicadeza para asegurarse de que la puerta no pueda abrirse. Lo hace de nuevo: abre, cierra y vuelve a empujar el picaporte. Cuando retira la mano, las llaves se balancean y, en el breve bamboleo, se entrechocan. Ese mínimo sonido parece un estruendo en la habitación silenciosa. Sobre la mesa baja están la lámpara y el teléfono.